

VENENO INGRATO

Era una tarde caliente del mes de abril. El reloj marcaba las seis. Los gritos de los sabaneros se silenciaron en los corrales. Una que otra vaquilla bramaba y corneaba ansiosa a la oscuridad. El ganado había pasteado todo el día y a la mañana siguiente serían marcados en sus glúteos. De inmediato, se escuchó el canto de un gallo confundido con la hora de desgalillarse. Los jinetes acomodaban sus monturas en la bodega y se lavaban sus rostros en la pileta expuesta. Llegó la hora de descanso y regocijo. Se acercó el momento de contar las anécdotas de las noches sabaneras. De comer tortillas, de saborear un buen vino coyol.

De pronto, se escuchó un grito: ¡Falta "Gorgorito"!

Los sabaneros se miraron unos a otros. Los rostros cansados y sus miradas se dirigieron a los corrales. ¿Cómo iba a faltar el toro más brioso que conocieron? "Gorgorito" estaba invicto en los redondeles de la sabana guanacasteca y del país. Era bravo como ninguno otro en la hacienda. Estaba invicto en dieciocho montas y era temido por los más audaces montadores del país. Era un toro gris con forma de estrellitas en su cuello color negro. Alcanzaba los setecientos kilogramos de peso y le habían mandado a hacer una campanilla especial, pequeña y de bronce. Se marcaría en la madrugada como los demás. Decían los sabaneros que cuando bramaba en las madrugadas su tono al final del bramido se parecía al canto de un canario enjaulado. Por eso lo llamaron "Gorgorito".

-¡Cavernoso Cabrera! -Vaya a traerlo. Tiene que estar por las piñuelas de la cerca al fondo! -Dijo el capataz un poco intrigado. ¡Tenga cuidado!

-De acuerdo, patroncito, pero es mejor que alguno de los muchachos me acompañe. ¡Gorgorito, es Gorgorito! -Dijo santiguándose el vaquero. Con mucho más razón cuando está solo...

-Está bien. ¡Acompáñelo Masetero Méndez!

Don Cavernoso Cabrera y su amigo Masetero montaron sus caballos. Se envolvieron en sus capas y espuelearon los vientres de los animales. Se escabulleron entre sombras de los árboles y un ligero resplandor los acariciaba. Se escuchaba el trotar de las bestias. Allá lejos, empezó a relampaguear el horizonte. Cada relámpago era una luz que alumbraba los rostros de las bestias y jinetes. Tronó fuerte. Seguido se escucharon carcajadas, risas y extrañas melodías entre las sombras lejanas.

-¿Qué es eso? -Exclamó Cavernoso Cabrera y se detuvo.

¡Truena, amigo! ¡parece que va a llover! -Gruñó Méndez.

A cada paso de trote una luz resplandeciente desenmascaraba los rostros de Cavernoso, de su amigo y sus animales. Las bestias no parpadeaban ante el fenómeno, pero sus miradas siempre iban al frente. Meditabundas y valientes. Montaban dos yegüitas de las mejores: fuertes, de sangre de la bajura, abnegadas al trabajo. Las capas plásticas también relampagueaban con un reflejo diamantino. La luz denunciaba una mirada

perdida y nerviosa de Cavernoso. Llevaba veinte años jineteando y ya tenía sus buenas experiencias en cada espuela. Sus ojos trigueños nerviosos no perdían metro recorrido. Un bigote mosquetero, aún negro, daba una prestancia sabanera. Con los relámpagos se veían también sus hundidos y famélicos cachetes. Conocía muy bien el lugar donde podía estar pero la noche los devoraba. Las dos sombras de los sabaneros con sus bestias titiritaban a la luz.

-¿Dónde se escondió este torito? -Preguntó Masetero Méndez.

-¡Al fondo! Por las piñuelas. ¡Ahí debe estar! -Contestó Cavernoso Cabrera contrariado.

-Hay que tener mucho cuidado, este animal es bravo. Recuerde la última vez que se nos escapó y duramos una eternidad sogueándolo. ¡Se las trae, se las trae! -Sentenció Méndez.

Se escucharon otras risas y gritos a lo lejos. Tronó fuerte y empezó a gotear. Los sabaneros continuaron cabizbajos y encorvados asidos a sus sillas y sus sombras fantasmales trataban de apaciguar un pasto seco y deseoso de lluvia. Un poco más allá chirriaban las horquetas y ramas. Apareció un gigantesco árbol de Guanacaste. A pesar de las penumbras y rayería trinaban dos urracas y un chirchote en sus ramas. Se formó un leve coro de melodías hermosas y crujidos secos. Todo hacía indicar que el verano largo de la pampa guanacasteca llegaba a su fin. Berreó fuerte el cielo oscuro de nuevo. Temblaron las hojas y las bestias relincharon muy fuertes. Uno de los animales, la de Cavernoso, se paró de manos. El sabanero le apretó las riendas y dijo: "Calma, calma, mi chiquita" y continuaron su trayecto.

-¡Hay Dios mío! -Exclamó Masetero Méndez a su compañero.

-¿Qué pasó? Bisbiseó nervioso Cabrera.

-En una noche como esta, mi difunto padre correteaba dos novillas jóvenes que se habían escapado. Hubo unos violentos remolinos y la lluvia de gotas era torrencial. Rayos, truenos, relámpagos. Trataron de guarecerse en un Guanacaste donde ráfagas y centellas enloquecieron a jinetes y caballos. Cuentan las lenguas de la sabana que era Lucifer rodando en llamas. Parece que sus gemidos de dolor se escucharon a cien kilómetros de aquí. Y en noches como estas todavía se escuchan algunas veces... Era un hombre muy valiente, de labios muy gruesos y eso ayudó a que sus quejidos se espantaran por toda la pampa. Hay compañeros que han asegurado ver la silueta de papá cabalgando con gritos de dolor por la llanura. Los cascos de la bestia se escuchan por toda la bajura. Un telegrama llegó a mi casa en la mañana, a primera hora: "Murió carbonizado Cavernoso Cabrera con su yegua Isidora debajo del guanacaste. Llegar pronto". El viejo era un hombre trabajador, sabanero de cepa, valiente y sobre todo se sabía de memoria miles de retahílas. ¡Hay mi viejo!

Alumbró un relámpago seguido de un trueno estremecedor: ¡Creo que en aquella cerca de púas hay movimiento! -Dijo Masetero Méndez.

Estaban apostados dos tijos muy negros y unos yigüirros que tomaban un color morado a cada relampagueo. Parecía que miraban a los jinetes con tristeza y compasión. Otro relámpago, otra expresión marchita de las aves. La llovizna fuerte parecía lavar sus picos y cabezas. Chorreaban gotillas por sus plumas. Se sentía un ambiente tétrico. Por momentos parecían monjes ayunando encarcelados en un monasterio. Llovió más fuerte. Los pájaros se espantaron al escuchar el trote cercano de las bestias.

Adelante se escuchó un bramido cruel. Expresaba un sentimiento de pasión del alma bovina que se escuchó hasta en el campanario de la iglesia cercana. Luego otro, después otro y siguió otro. "Gorgorito" estaba postrado y movía sus patas y manos. Sus ojos pedían clemencia y a la vez, venganza inmediata. Bramaba sin esperar respuesta con dolor.

Llovía torrencial. Los charcos salpicados de gotas grandes sonaban como "tic tac" de reloj "chocho". Un ligero vaho se desprendía de las capas y los caballos. Por las crines, cuellos y colas bajaba goteando el agua y con los relámpagos se transformaban en espectros de espantapájaros asustados. Sillas de monta, albardas y espuelas también chorreaban. Por desagüaderos improvisados corrían riachuelillos de agua alumbrados por el parpadeo celestial. Uno de los cascos de las bestias golpeó una piedra en el camino y chispeó como luciérnagas de ciénaga. Adelante crujieron los cascos con el barro.

Cavernoso Cabrera alumbró con el foco al movimiento de aquella masa corporal y "Gorgorito" estaba vivo. Respiraba con dificultad. Acercó la luz un poco más de cerca y observaron que brotaba por su cavidad anal un goteo de sangre no muy fuerte. Lo mismo sucedió cuando vieron la boca del animal. Algunas gotillas de sangre bajaban por la lengua que estaba un poco tensa casi obstruyendo su respiración normal. El bovino estaba muy frío y decidieron tomarlo por sus cuernos y tratar de voltearlo. No flexionaba sus manos ni sus patas.

¡Mire en el cuello! -Dijo Méndez

Dos gotitas de sangre bajaban en silencio por el cuero cabelludo. Un poco más arriba, dos orificios de mordedura de serpiente. Intentaron de nuevo voltearlo y su cuerpo era tan pesado que desistieron.

¡Masetero, aquí es poniéndole para salvar el animal! -Corra al corral a traer un par de litros de suero antiofídico. Le dice al patroncito que mande las agujas y el equipo. ¡Muévase, muévase rápido! -Sentenció Cabrera

Se escucharon los cascos entre charcos y piedras. Saltaron a las sombras perdigones de barro. Un leve movimiento forcejeó con la alambrada. Había escampado y todo de aquí en adelante el tiempo era el mejor amigo. Cavernoso se sentó a la par del animal y empezó a golpearle los glúteos. "Vamos mi Gorgorito, eres el más valiente. Los demás novillos te esperan. Aquí es donde tienes que demostrar tu verdadera valentía". Gorgorito golpeteó tres veces sus globos oculares y le lanzó una mirada compasiva a Cabrera que fue visible gracias a uno de los últimos relámpagos de la ya noche trágica. El sabanero alumbró su cabeza de nuevo y vio una mirada de ternura, de sentimiento animal que venía de sus

adentros. Su intuición le decía con un ahogado mugido que aguantaría el regreso de Méndez.

“Así es Gorgorito, así se lucha en las adversidades”.

Volvió a palmotearle sus músculos y el toro se inclinó tratando de levantarse. Sus agudos mugidos se transformaron en soplos del alma. Gorgorito empezó a mover mejor su cuello y señalaba con su mirada atrás de Cabrera.

De pronto el toro y Cavernoso escucharon un desafinado y húmedo sonido. Provenía de las espaldas del sabanero que sintió temor. Un escalofrío golpeó a las glándulas sudoríparas del muchacho y en su frente brotaron gotillas nerviosas de sudor. Era el sonido de unos cascabeles herrumbrados y muy desafinados.

“San Candelario me acompañe” -Reverenció el joven.

Volteó su cuello muy despacio como de una vez, pidiendo clemencia. Cabrera ya le era familiar el sonido, ya que otras veces las había visto, solo que esta vez la había sentido en sus tuétanos mismos. Apareció Luzbel, ahí estaba el mal. Una enorme serpiente cascabel estaba enroscada sobre una roca. Levantó su cabeza y miró al muchacho. Cabrera en forma sigilosa movió su mano izquierda hacia el cuchillo que estaba en su vaina. Momentos decisivos de supervivencia. La cascabel con una mirada extraña fulminó a Cavernoso. Eran las mismas brazas y llamas del purgatorio. Los ojos de la víbora tornaron de naranja celaje. Levantó su húmedo cuerpo, abrió su boca y penduló su lengua. Estaba preparada para el ataque.

El hombre se preguntó: ¿Una víbora asesina o lo hace en defensa propia?

Fracciones de tiempo de vida o muerte. Él desenvainó su cuchillo y levantó su mano en posición de guerrero de ataque. El color de los ojos de la serpiente cambiaron de tono y una circunstancia especial detuvo aquel ataque. Entre las sombras se escuchó un murmullo musical del cascabel muy diferente al original. Más pasivo, melódico, de armonía. Ella dio un movimiento suave sobre sí misma y volvió a mirar a “Gorgojo” y al hombre. Sus ojos expresaron en la oscuridad una bondad única. La ternura de la mirada de un venado de la pampa que decía:

¡Lo siento, me lastimó con la pezuña y me defendí!

Y la cascabel se deslizó por la fría roca y se perdió entre pastizales...

En ese momento se escucharon algunos cascacos entre el barro y agua. Venían algunos sabaneros a toda velocidad en ayuda de su compañero. Una voz grave dijo:

¡Cavernoso, el suero!

Y “Gorgojo”, trastabillando, puso su cuello pintado a los sabaneros...